
Washington Square

como un campo de batalla después de la refriega han quedado tus dominios; garibaldi te mira mudo desde su humilde pedestal, testigo impasible de la mugre que se esparce equitativamente abundante por todos y cada uno de tus metros cuadrados a la espera de una limpieza siempre precaria para que otra vez al anochecer vuelvas a quedar cubierta de esa capa de inmundicias que forman ya parte de tu presencia, costra que se ha adherido a ti y te hace reconocible e inspiradora de un sentimiento casi paternal, botellas, botes, trapos, papeles, bolsas, harapos, cáscaras, colillas, periódicos, cristales, algodones, zapatos, plásticos, mendrugos, basura, todo ello, washington square son los restos del combate que día a día libran en los confines de tu recinto quienes te han elegido como solaz de su tránsito, reducto de su esparcimiento, punto de partida de una larga caminata que el corredor inicia en ti, con el expreso deseo de recrearse y recrearte, y evocar a tu través la presencia plástica de la urbe inmensa que se extiende a tu alrededor, sensorialmente, como un magma trepidante de asfalto, cemento y carne, que se masca cada minuto que el corredor hace latir aceleradamente sus pulsaciones dejando atrás calles, puentes y plazas, en busca de ese encuentro permanente con la ciudad tangible de olor, color y sabor que forma el conjunto caótico y fascinante de tu silueta urbana y humana, nueva york, pues, saliendo de tus dependencias atraviesa cooper union, añosa confluencia de calles y casones, desde donde se entra en lafayette y, calle abajo, empieza el bowery, travestía de miseria y abandono dentro de la opulencia que son los hombres de edad indefinida, pacífico deambular y alcohólico aliento que vagan sin rumbo buscando una botella que vaciar en algún portal, o, simplemente, quietos, impávidos, tirados en la acera cuan largos son, porque: un traje abandonado pesa tanto en los hombres que muchas veces el cielo los agrupa en ásperas manadas, sin pronunciar palabra ni quejarse, ecos de dignidad profunda, pero casi imperceptible, sólo destacada por las heridas terribles que los golpes, las caídas y el frío van abriendo en sus manos y caras silenciosas y solitarias; y por el bowery, sí, por el bowery, que un día debió ser esplendorosa encrucijada de actividad, hoy abandonado y maltrecho, aunque quién sabe si cualquier día otra vez rehabilitado, bajo hasta delancey, no, en verdad, por mor de deleitarme con la penosa miseria que el caminante encuentra por doquier sino porque es paso obligado en la ruta excitante que habrá de seguir, torciendo a derecha e izquierda de esta populosa calle que atraviesa la parte baja de manhattan, uniendo, por medio de un puente y un túnel, brooklyn con nueva jersey, y no perdiendo la oportunidad de husmear, aquí mismo, en la calle orchard, variopinto mercado que se expande desde la calle houston a canal, en la que se oyen y se ven esos personajes de nueva york que venden de todo a gritos depurados a lo largo de generaciones de vendedores que han tenido que abrirse paso en la lucha por la vida para encontrar un sitio competitivo en estas tierras de implacable y eficaz

conurrencia económica; y ya movido por la curiosidad y el deseo de descubrir tus secretos de gran ciudad, la retina cambia el enfoque de su chocante perspectiva y se adentra por la calle stanton para iniciar incrédula, que tal es la dimensión de la ruina que descubre, el recorrido de uno de los muchos ghettos formados en tu perímetro, en el que hoy conviven, o malviven, o viven, o esperan puertorriqueños que han venido a encontrar algo de esa riqueza que parece ser sino de tu tiempo; paradógico talismán, no obstante, pues de esas casas sin ventanas, de esas paredes sin techos, de esos muros semiderruidos, de esos edificios devorados por los incendios salen los jóvenes pelo afro, en las mañanas soleadas de invierno a dar unas chupaditas conjuntamente, smoke, smoke, las enormes radio-cassettes en bandolera, a mover el cuerpo sobre estos pavimentos de pocilga por los que no ha mucho transitaban judíos que, de pronto, empezaron a desaparecer atacados por la extraña enfermedad urbana que envejece tus barrios y empobrece a sus gentes; así, pues, vuelve otra vez el caminante a delancey y, calle arriba, llega al puente de williamsburg para, atravesándolo, girar hacia la derecha y meterse por las callejas que forman el barrio del mismo nombre, reliquia insólita, mundo inaudito en pleno corazón de brooklyn, nueva york, estampa de color y vuelta al pasado, presente, futuro, la de estos increíbles hasidic con sus barbas larguísimas, sus coletas enrolladas en las orejas, sus medias negras hasta la rodilla, sus trajes negros, sus gorros negros, sus camisas blancas, su actividad temporal intemporal, sus letreros en hebreo, sus escuelas hebreas, sus panaderías, sus dulces, sus mujeres pudorosamente vestidas paseando en los cochecitos a los niños que habrán de ser hasidic, nueva york talmúdica, nueva york de las formas y de las razas, mezcla de lo inverosímil y pervivencia de síntesis insospechadas, hay que atravesar todo brooklyn, de norte a sur, para llegar a coney island, y descubrir en plena ciudad el mar abierto, el dulce aleteo de las gaviotas, la plácida batida de las aguas en la playa, el olor vivificante, salino, yodado, purificado del mar, del mar hermano y universal, del mar de los modestos pescadores, hoy, aquí, pue allá en pueto rico le llamamo cocolías, aquí ya udté ve yo cuando no toco me vengo a pegcá con edta sestás como udté dise y vamo sacando pa ayudarno un poco, pue mucho gudto aquí tiene un amigo encarnación el que edtá tocando ahora con tito puente, y abí quedan en ese malecón de madera que quiere adentrarse en el mar para dejarte ver desde aquí la larga línea azul que se pierde en lontananza, y la otra línea ondulada y arenosa de la playa, y el tren que va trepando sobre hierros hasta detenerse en esa estación final de trayecto, y las norias gegantescas del parque de atracciones, y las innumerables casetas donde venden hamburguesas y hacen las horribles y pestilentes fritangas; pero ya se divisa a lo lejos el puente de verrazano, ante cuyo monumental, espléndido diseño detienes el paso, para contemplarlo desde el parquecito de john paul jones, y ver desde aquí la bocana de la bahía y los barcos misteriosos y frágiles: ¡ciudad de navíos! ¡Oh, los navíos negros! ¡Oh, los navíos terribles! ¡Oh, los hermosos vapores y veleros de proas esbeltas! que desde lejos, muy lejos, se van perfilando en el mar y acercándose lentamente para adentrarse en tus aguas nueva york, tras pasar en uncido silencio bajo la filigrana arqueada que se tiende entre brooklyn y staten island, para dejar, en breve, su carga, quién sabe de dónde y de qué, pajarillos que se balancean al compás de las olas de todos los océanos, símbolos obsoletos de ensoñación y aventura, os veo ahora desde arriba, encaramado en la barandilla antes de continuar a staten island, que atravieso de este a noroeste, descubriendo toda la bahía, manhattan, brooklyn, otra vez,